

la misma no se conforma con las tendencias y el espíritu de la física actual, sino que para alegar en su favor algún título, necesita retrogradar, y en suma, que pugna con hechos y experimentos numerosos de cuya certeza no se puede dudar.

CAPITULO XXIII.

SUMARIO.

Se examina el magnetismo en sus relaciones con la metafísica. — Los *filósofos modernos*, enemigos de la metafísica. — Apreciaciones suyas acerca de ella. — La metafísica es la *reina de las ciencias*. — Sin la metafísica no es posible llegar al conocimiento de ninguna verdad. — Crasa contradicción de los que ridiculizan la metafísica. — Se fija el punto que se va á estudiar. — El magnetismo, como sustancia media entre el cuerpo y el espíritu humano, es imposible. — Así la consideran el abate Loubert, Allan Kardec y Gauthier. — La teoría de tres almas en el hombre es de la más remota antigüedad. — La buena filosofía no admite hipótesis semejante. — Se refuta ésta con razones incontrastables.

Consideremos ahora el magnetismo animal en sus relaciones con la metafísica; y veremos que esta ciencia se pronuncia formalmente contra su existencia. No se nos oculta que el solo anuncio de semejante idea va á causar escán

dalo en algunos y á excitar en otros estruendosas sonrisas ú homéricas carcajadas, como se estila decir.

Ya sentimos heridos nuestros tímpanos con estas ó parecidas declamaciones: “¡La metafísica! ¿Y qué tiene que ver esa mómia de la Edad Media, cien veces enterrada por la civilización y el progreso, con cuestiones que no son, que no pueden ser de su competencia? ¿Y cómo osa presentarse esa estéril y desacreditada madre de las *categorias* y de los *predicamentos* delante del siglo de las luces, de las altas ideas, de los grandes inventos, del vapor, del pararrayos y del telégrafo? El magnetismo animal es un ramo de la física, y, á más conceder, de la fisiología: las únicas andaderas de que tal cual vez necesitan una y otra ciencia, las solas luces que han menester, son la observación y la experiencia. ¡Léjos, muy léjos ese fárrago de abstracciones; el positivismo moderno le estima en lo que vale, y vale ménos que nada! Departa en dulces pláticas la metafísica con su hermana la teología, vieja como ella, estafalaria como ella, y dejen ambas en paz á la física, la química, la zoología, la geología, etc., etc., jóvenes de grandes esperanzas y las únicas reinas y señoras en el terreno de la ciencia.”

Mas no continuemos en predecir lo que sucederá sin remedio, porque fatigando á un tiempo la pluma y el entendimiento, siempre nos mostraremos escasos, y quedaremos atras de tantas altisonantes declamaciones en que se prorumpa. ¡Es tan fácil hacer gala de esa dote por la cual se afanan tanto los comediantes!

¿Mas es verdad que la metafísica sea tan despreciable como la pintan? ¿No será que se truena contra ella, ó porque no la comprenden ó no quieren comprenderla; pues á comprenderla ó quererla comprender, seria forzoso hacer el sacrificio de no pocas aventuradas opiniones, dar de mano y volver la espalda á ciertos errores que, conformándose, á ciertos costumbres se les mira con aficion deleitosa, y morosamente se les acaricia?

Esto parece lo cierto. La metafísica está muy alta para que se la pueda destronar. Es la reina de las ciencias naturales. Ninguna de estas puede hacer alarde de legitimidad, si no muestra en su portada la efigie de aquella soberana. ¿Cuáles son mas exactas que las matemáticas, y cuáles mas positivas que la física? Pues bien, esta no seria positiva, no seria ni ciencia, sin las matemáticas que la comunican la virtud de generalizar por medio del cálculo

y de la fórmula; y las matemáticas son lo que son, es decir, la ciencia de lo evidente, porque en el fondo son la metafísica mas pura y elevada. La metafísica gira en las regiones de la posibilidad, de donde todo sér que ha existido ó existirá, ha salido ó tiene que salir: ella muestra el tipo de las cosas en la única manera que pueden existir, así como la física muestra las cosas mismas tales como están y la química como pueden estar entrando en combinacion. No separemos, pues, lo que se encuentra unido naturalmente.

La metafísica para el filósofo es el crisol que separa, en las cosas sometidas á su estudio é investigacion, todo lo que en aquellas hay de real y de cierto, de lo que tienen de quimérico y de absurdo. Demos de mano á esa brújula que siempre nos señala el norte de la verdad; y quedaremos perdidos en el Oceano de todos los errores.

Pero los mismos que tanto desden fingen hácia ella con las palabras, son los que de hecho escriben su mas brillante apologética. ¿Por qué no creen en los milagros del catolicismo, por ejemplo? Porque no son posibles, responden; y ¿acaso las ciencias naturales se ocupan en la posibilidad? Pero detengámonos, pues la

digresion es ya demasiado larga. Fijemos el punto que nos proponemos estudiar.

Cuando vamos á examinar el magnetismo humano en sus relaciones con la metafísica, no es nuestro ánimo referirnos á su existencia como intermediario entre el cuerpo y el alma del hombre. Puede ser que exista el tal agente magnético; acaso algun dia llegue á comprobarse que existe, á pesar de las razones incontrastables que anteriormente explanamos; pero nunca existirá ni podrá comprobarse que exista como sustancia media entre la materia y el espíritu. Esta existencia es para nosotros un imposible metafísico.

Y con todo, los partidarios del magnetismo así la consideran. Ya se ha podido ver en la parte expositiva de la teoría. "El alma usa, dice Loubert, para trasmitir el pensamiento, la voluntad, etc.... del sistema nervioso, del fluido nervioso, del fluido magnético; este es, por decirlo así, el *instrumento* de que aquella se sirve, el *medio* que atraviesa; y estos hechos son del dominio de la psicología fisiológica." "Los cuerpos que nos rodean, continúa....., los órganos que están dentro de nosotros mismos, obran, para llegar hasta el alma, sobre el sistema nervioso, sobre el fluido magnético, que es aquí todavía el

vehículo, el medio de trasmision; y estos hechos son del dominio de la fisiología psicológica. (1)

Allan Kardec es del mismo sentir, y más expreso acerca de este modo de considerar el magnetismo humano. “¿Hay en el hombre, se pregunta, otra cosa además del alma y del cuerpo?” “Hay, responde, un lazo que une el alma y el cuerpo. La naturaleza de este lazo es semi-material, es decir, *intermediario* entre el espíritu y el cuerpo. Es necesario para que uno y otro puedan comunicarse; y por medio de este lazo el espíritu obra sobre la materia y recíprocamente.” (2) A este lazo le llama *periespíritu*, y terminantemente asegura que este *periespíritu* no es otra cosa más que el *alma vital*, el fluido nervioso, el fluido magnético. (3)

Oigamos al vitalista Aubin Gauthier, que no es ménos claro sobre el particular. Así escribe en su *Tratado del Magnetismo*: “El alma está unida al cuerpo por una sustancia *intermediaria*; de suerte, que el hombre contiene en sí mismo *el alma, la vida* y la materia organizada que obran simultánea ó separadamente, segun que las acciones humananas necesitan un concurso mútuo

1 Loubert. Le Magnetisme et le Sonambulisme. C. XII

2 Allan Kardec. Libre des esprits. L. II, C. 2. °

3 Id. Introduction.

ó suspenden las relaciones. Pero la *vida* está siempre como una tercera entidad entre el alma y el cuerpo; el hombre puede poner en movimiento su fluido vital ó magnético y lanzarle en ráfagas sobre otro hombre y los fluidos de los dos cuerpos se unen. Lanzado sin voluntad, el fluido es puramente material y animal; con voluntad, es espiritual, animal y material.” (1)

Como se ve, tanto los magnetistas, como los espiritistas y los vitalistas parten del supuesto de esa trinidad de motores en el hombre, á los cuales atribuyen cierta virtud, aun considerados separadamente.

No tiene duda que retrogradamos en todos ramos y muy principalmente en filosofía. Puede llamarse sin injuria al presente siglo, siglo de las exhumaciones, pues no hay vejez de que tenga noticia que deje descansar en paz sobre su tumba olvidada y enmohecida. Con el mismo afan con que se apresura á desenterrar los mármoles y los priapos de Pompeya y Herculano, lo cual podia servir á la historia del arte, resuscita antiguas teorías filosóficas; y no solo las re-

1 V. P. 465 y siguientes.

sucita, como debiera, para medir la distancia que la inteligencia alumbrada por el Evangelio ha recorrido, y para comparar los añejos delirios con las verdades que hoy son el pan de la civilización, sino para ponerlas sobre el celemin, y darles la preferencia más salvaje, lo cual solamente puede servir para irnos acercando poco á poco á la barbarie.

En efecto, esta teoría de las tres almas es de tan alta antigüedad, que vergüenza da tomarla como recurso científico. En realidad son las almas que Platon colocaba en el hígado, en el corazón y en el cerebro.

En el hombre no hay más que una alma, porque no hay más que una personalidad; de la misma manera que en una estatua no hay mas que una representación, porque no hay mas que una forma. El hombre se siente uno y no tres; y se sentiría tres, si fuera animado por tres almas.

En este fenómeno interno de la conciencia humana estriba lo poco de filosofía que entraña el *yo* germánico de Kant, Fichte y Schelling.

El mismo hombre que piensa, compara, raciocina y generaliza, es el que siente y vive. No desempeña aquellas elevadas funciones uno, ni las funciones medias otro, ni las inferiores un tercero.

Si fuera el alma intelectual distinta de la animal y de la vegetal, el cerebro no haría otra cosa más que pensar; no sentiría ni viviría, y siente y vive; el corazón sentiría nada más, pero no viviría, y vive, sin embargo, como vive el hígado y todo el cuerpo. Cuando alguna dolencia afectase alguno de sus miembros, sufrirían estos, nunca el hombre todo.

Aun cuando en este hay pensamientos, sensaciones y movimientos, y estas diversas operaciones son distintas en el fondo, todas proceden de un principio simplicísimo, que en su perfección superior, que consiste en lo que encierra de inteligente, comprende la virtud del alma animal y de la vegetal, es decir, piensa, siente y vive á la vez en el hombre. En los seres que se encuentran en cierto orden, el que está arriba tiene, en una unidad perfectísima, algo que le eleva sobre los que están abajo, y al mismo tiempo abraza la virtud que estos encierran. Si así no fuera, nada tendrían de común y no estarían colocados en el mismo orden ni en rigurosa escala. Si no estuvieran en la unidad más perfecta, no habría superioridad real, sino meramente numérica. No se podría decir este ser es superior á aquellos otros dos, sino tres seres son más que dos, y dos más que

uno. No podría decirse, el alma intelectual es superior á la animal, ni la animal á la vegetal; sino que tres almas son superiores á dos almas y dos almas á una.

Más ¿de qué manera la primera comprende en la unidad de su sér las dos segundas? Ya se ha dicho que comprende su virtud, no sus respectivas entidades.

Así, un génio comprende la virtud intelectual propia y la de un talento; un talento comprende la suya y la de una mediana inteligencia; una mediana inteligencia la que le pertenece y la de una inteligencia vulgar; y sin embargo el génio no tiene cuatro almas, ni el talento tres, ni la inteligencia mediana dos, ni la inteligencia vulgar ménos que una; sino que una es el alma en la inteligencia vulgar, en la mediana, en el talento y en el génio. Podíamos ascender todavía más en la escala de los espíritus, pasando á las inteligencias angélicas, en cuya comparación el hombre es poco ménos que ellas, *paulo minus ab angelis*; y veríamos que también los ángeles comprenden en su naturaleza superior la capacidad intelectual del hombre y la que le pone sobre él. Y ya que plugo al Creador y Conservador de las cosas criar al hombre á su imagen y semejanza, podríamos ver que, á pesar de la dis-

tancia honda, incommensurable, infinita que media entre el que es la plenitud del Sér y la criatura, que es un abismo de nada y de miserias, Dios comprende en su esencia impenetrable y profunda, y de una manera maravillosamente superior, augustamente misteriosa y eminentísima, y sin mezcla de imperfección, ni sombra de defecto, todas las capacidades intelectivas de los millares de millares de hombres nacidos y por nacer, y de los millones de ejércitos de ángeles que llenan los cielos de los ciclos y circundan el trono de su divina, eterna, incommutable y omnipotente Magestad; y esto sin que padezca, ni se multiplique su unidad absoluta, indivisible y perfectísima.

El alma intelectual, valiéndonos de ejemplos que nos son más familiares, comprende en su ser único la virtud de las almas animal y vegetal, como la fuerza que mueve el universo, comprende la que hace girar el sistema planetario, como esta, la que agita la masa de la tierra, como la tierra, que produce ese infinito número de movimientos y de incesantes cambios, en todas las clases de seres que mantiene en su superficie, desde el humilde helecho hasta el encumbrado cedro, y desde el mosquito hasta el elefante. Así, finalmente, las comprende como

la luz los colores, en el poder de producirlos todos, no como existen en la naturaleza, separados, porque existen en una infinita variedad; sino como existen en la haz luminosa, fundidos, por expresarnos así, y sin el carácter especial que los distingue.

Sí, pues, en el hombre no hay mas que el alma intelectual, que es á la vez inteligencia, sensacion y vida ó fuente de vida, de sensacion y de inteligencia, no existe ni puede existir el supuesto *intermediario* de Loubert, el pretendido *periespíritu* de Allan Kardec, ni la soñada alma vital de Aubin Gauthier. Pero profundicemos un poco más. Esta alma vital, este *periespíritu*, este *intermediario* ¿son posibles? La naturaleza que Allan Kardec le atribuye es la de *semi-material*; y es fuerza convenir en que, si ha de tener el carácter de un sér medio entre el alma y el cuerpo, debe participar de las naturalezas contrarias de los dos.

¿Y esto se concibe siquiera? ¿Quién puede imaginarse el sér y el no sér, existiendo á la vez en un mismo sujeto? ¿Quién la luz y la oscuridad en un mismo punto de los espacios? Pues no es más fácil y hacedero esto, que ese *intermediario* que se ha creído encontrar en el magnetismo humano.

La línea recta no se distingue de la curva sino por la direccion, ó porque la una mide la más corta distancia entre dos puntos dados, y la otra siempre mide distancias mayores relativas. Ambas líneas, puede afirmarse que se constituyen por una naturaleza esencial comun, pues son una série de puntos matemáticos; y sin embargo de esta naturaleza comun, y no obstante que la diferencia que las separa es hasta cierto punto modal, ha sido la desesperacion de los mas levantados geómetras de la tierra la resolucion científica de este teorema: á la primera vista tan sencillo, *encontrar una línea intermediaria entre la recta y la curva*. ¡Verdadera desesperacion! Ella ha hecho de estas palabras, *buscar la cuadratura del círculo*, un proloquio que se aplica á quien intenta conseguir una cosa que es inasequible, y se empeña en algun imposible cualquiera.